

POLÍTICAS CULTURALES, HEGEMONÍA Y EMANCIPACIONES

Julio C. Gambina (*)

INTRODUCCIÓN

En el ingreso al Centro Cultural de la Cooperación (CCC) puede leerse: *El avance hacia la utopía requiere muchas batallas, pero sin duda la primera es la batalla cultural*. Son palabras que Floreal Gorini –fundador y primer Director del CCC entre 1998 y 2004– pronunció en noviembre del 2002, momento de crisis explícita en la Argentina, durante el acto callejero con el que se inauguró la nueva sede de la institución, ubicada en el corazón del *corredor cultural* que supone la porteña calle Corrientes. (Gorini:2002; 449-455)

¿Por qué una convocatoria a una batalla cultural? Conociendo al autor y compartiendo sus motivaciones en el decir y el hacer, me resulta evidente que expresaba una concepción de confrontación en el campo de la cultura, de las ideas y de los sentidos comunes presentes en nuestro tiempo. Se trata de una batalla contra el poder y las clases dominantes que instalaron una cultura hegemónica en los últimos treinta años, como estrategia de superación de la crisis capitalista emergente a fines de los '60 y a comienzos de los '70 (Gambina: 2002; 113-139; Gambina: 2006).

Lo dicho por Gorini invita a volver a significar la lucha cultural, entendiendo que la cultura, en el sentido antropológico del término, abarca a todo aquello que es producto de la creación humana, más allá de la especificidad científica, artística,

(*)Profesor Titular de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario y profesor invitado a dictar postgrados en las universidades públicas de Mar del Plata, Córdoba y Buenos Aires. Director Adjunto del Centro Cultural de la Cooperación. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP. Miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO (2006/2009).

intelectual o estética de las ciencias, las artes y las letras. Pero la frase es también un intento por asumir un desafío desde las clases subalternas contra la *naturalización* de la desigualdad que promueven las políticas realmente existentes en el mundo en esta encrucijada de los siglos XX y XXI.

Las actuales políticas hegemónicas nacieron de las demandas de las corporaciones transnacionales (CTN) que, asociadas a los Estados donde actúan (no sólo del capitalismo desarrollado) y a la superestructura institucional del orden mundial –desde el FMI y el Banco Mundial hasta a la Organización Mundial del Comercio (OMC)–, articularon un sujeto activo para la dominación mediante diversos mecanismos de la política, la economía y la cultura. Es en este plano que aparece el Banco Mundial estudiando la *reforma educativa* o la *reforma de la justicia*, mientras la OMC y otros tratados comerciales (el ALCA entre ellos) impulsan la concepción de la educación, la salud o la justicia como *servicios* en detrimento de su histórica condición de *derechos*. (Imen: 2005; 139-150)

El propósito de estos proceder es mercantilizar el conjunto de la vida social, subordinando las esferas de las relaciones sociales cotidianas a la lógica del mercado; o sea, a las leyes del valor y del plusvalor. Esta preeminencia del mercado ha sido posible –bueno es recordarlo– por el uso de la violencia, ayer expresada en el terrorismo de Estado y hoy en la creciente militarización que se orienta y ejecuta desde el principal Estado capitalista: EEUU. (Ceceña y Sader: 2002; 9-14; Rajland: 2005; 81-92)

La crisis de los 60/70 condujo al capitalismo a reestructurar las relaciones sociales y, para ello, debió producir una resignificación simbólica en los pareceres y saberes del conjunto de la sociedad; es decir, tanto en los de las clases dominantes como en los de las subalternas. Fue así que se lanzó la fuerte ofensiva ideológica y cultural por instalar un nuevo paradigma sobre lo que se debe hacer y pensar. El conjunto de iniciativas orientadas en ese rumbo recibió un nombre propio del nuevo tiempo mercantilizado; se lo llamó *industrias culturales* y con ellas, según Ana María Ramb, *se trata, mediante la hegemonía del discurso único, del control de la cultura por parte de grupos capitalistas de gran concentración*. (Ramb: 2005; 151-161)

Existe una importante bibliografía que alude a los cambios en la cultura durante los últimos treinta años y que da cuenta de los fenómenos que venimos comentando. Esos cambios suponen iniciativas no necesariamente convergentes, derivadas de los sujetos que intervienen en su materialización. A propósito de las *políticas culturales*, García Canclini señala que *los estudios recientes tienden a incluir bajo este concepto al conjunto de intervenciones realizadas por el estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o de transformación social. Pero esta manera de caracterizar el ámbito de las políticas culturales necesita ser ampliada teniendo en cuenta el carácter transnacional de los procesos simbólicos y materiales en la actualidad. No puede haber políticas sólo*

nacionales en un tiempo donde las mayores inversiones en cultura y los flujos comunicacionales más influyentes, o sea las industrias culturales, atraviesan fronteras, nos agrupan y conectan en forma globalizada, o al menos por regiones geoculturales o lingüísticas. (García Canclini: 2005; 69-81)

Importa destacar que esta reflexión se refiere a la hegemonía sobre las *políticas culturales*; ya que existen iniciativas de contracultura o intentos de confrontar a la cultura hegemónica realizando acciones y pensando en *otra política*, que recrean en la esfera de la cultura la concepción de Carlos Marx sobre la lucha de clases como motor de la historia. Es que política, sociedad y cultura están entrelazadas y –se sepa o no– siempre se actúa en la producción de sentidos. El interrogante es: ¿a favor de quién? Es que, además de la lucha por la hegemonía, debe considerarse la existencia de iniciativas emancipadoras en el plano de la cultura. Así, un nivel es la disputa hegemónica y otro, la construcción cultural emancipadora.

Tras analizar la dualidad que se genera entre los beneficiarios de una política económica y sus perjudicados –víctimas del *desempleo, el subempleo, la precarización laboral, la explotación, el trabajo infantil, grandes asentamientos de grupos sociales que viven bajo los niveles aceptados de pobreza*–, Ana Wortman se pregunta *¿cómo recrear formas de solidaridad social en tejidos sociales deshechos por la miseria y la violencia sin sentido? ¿Qué relación se puede establecer entre este problema y el sentido de las políticas culturales hoy?* y concluye destacando que *se trata de reflexionar acerca de las consecuencias sociales, culturales y subjetivas de un orden sociopolítico fundado en la lógica del mercado y en la instalación de valores competitivos y excluyentes donde la solidaridad y el sentido de pertenencia pierden sentido, se banalizan.* (Wortman: 2005; 199-216)

La política atraviesa el accionar de los gobiernos, pero también al movimiento popular y a sus manifestaciones culturales, tanto en el operar de los partidos políticos, como en el de los movimientos sociales, más allá de su articulación efectiva para incidir en el cambio social progresivo. Al respecto, Jorge Dubatti apunta: *Sostenemos que política es toda práctica o acción textual (en los diferentes niveles del texto) o extratextual productora de sentido social en un determinado*

La crisis de los 60/70 condujo al capitalismo a reestructurar las relaciones sociales y, para ello, debió producir una resignificación simbólica en los pareceres y saberes del conjunto de la sociedad.

campo de poder (relación de fuerzas), en torno de las estructuras de poder y su situación en dicho campo, con el objeto de incidir en ellas, sentido que implica un ordenamiento de los agentes del campo en amigos, enemigos, neutrales o aliados potenciales; para luego señalar que todo teatro es político y que la idea de que hay 'modelos' de 'teatro político' ha fenecido hace tiempo. Lo político está por todas partes: es rizomático. (Dubatti: 2005; 163-171; 2006; 7-38)

Por ello, puede tomarse la concepción de cultura en su acepción general (antropológica) o estricta (arte y literatura) y constatarse cómo el sentido de la política y la ideología lo atraviesa todo, a favor y en contra de unos y otros. Por ello, y aunque las industrias culturales actúen en el marco de la creciente mercantilización de la sociedad contemporánea, Villafañe sostiene que *la obra de arte escapa a todo tipo de encerrona, digestión previa o cosificación, y mantiene una oposición radical a ser mercancía. La potencia afectiva del arte verdadero resiste a la vulgarización que impone el mercado.* Es ésta una concepción cultural asociada a *la lucha de clases, alrededor de los procesos de concentración capitalista y muy particularmente dentro de los procesos de extranjerización de las economías nacionales (...)*, por lo que el autor agrega que *la política cultural es parte ineludible de la política en la medida justamente que la crisis de la época es fundamentalmente cultural.* (Villafañe: 2005; 117-126). Todo es política y la crisis política es cultural.

De nuevo la crisis de la cultura y la necesidad de confrontarla con una cultura alternativa que parte de una opción civilizatoria por *otro mundo posible*, tal como demanda el *movimiento de movimientos* en su disputa por organizar otro orden mundial, con otros sentidos, otras lógicas y otros símbolos para una cultura de la emancipación.

LÓGICA DE MERCADO

La lógica del mercado lo atraviesa todo; por ello, es necesario considerar cómo conciben los gobernantes la construcción cotidiana, para así pensar en la posibilidad de desarrollos autónomos, de confrontación, por otra sociedad y para otra cultura que favorezca el proyecto de las clases subalternas. ¿Cuál es el pensamiento gubernamental al respecto? ¿Qué vínculo puede establecerse entre proyecto de país, política, economía y cultura? ¿Cómo funciona la realidad política argentina en relación al *mercado*? ¿Qué vínculos ello supone con las lógicas de la política cultural concreta en nuestro tiempo?

Veamos algunas definiciones recientes. Para algunos sectores del poder económico mundial, Néstor Kirchner es el *señor antimercado*¹; así –al menos– lo calificó la prensa estadounidense cuando el presidente argentino visitó New York para participar de la

¹Los diarios argentinos del 27/09/06 (La Nación o Clarín) recogían las críticas al Presidente argentino del editorial del periódico estadounidense The Wall Street Journal, quién denominó a Kirchner como el "señor antimercado".

Asamblea anual de la ONU y entrevistarse con actuales y potenciales inversores. Sin embargo, el calificativo parece inadecuado si se tiene en cuenta que, a minutos de iniciar la rueda de negociaciones en Wall Street dando el tradicional campanazo, el presidente argentino había agradecido el *gesto del mercado* al invitarlo al simbólico recinto y destacado que *Argentina está volviendo al lugar del que nunca debió haber salido*². La aseveración coincide con su intención de *reconstruir el capitalismo nacional*³ expresada hace más de tres años en su mensaje de asunción presidencial. Más explícita aún fue la senadora Cristina Fernández de Kirchner al señalar que *la lógica del gobierno es volver viable a la Argentina dentro de la lógica del capitalismo*⁴.

La lógica a la que aludió la senadora está muy alejada de la experiencia individual o asociativa que se desarrolla a través de una cantidad muy importante de iniciativas culturales, desde las radios y la prensa barriales (alterativas o alternativas); el teatro comunitario o de barrio; las murgas y las bandas de rock (con o sin presencia en los medios de distribución musical); el libro de autor y las ediciones de editoriales pequeñas (muchas sin fines de lucro); los *centros culturales* informales o no, pero con pretensión *contestaria*; la intervención artística de la calle que articula política y cultura; la producción de material para Internet por fuera del circuito comercial del software propietario. Estas son –entre otras– manifestaciones culturales que suponen una ubicación por fuera de la lógica mercantil y con visos *quijotescos*; pero que –no obstante– son *atrapadas* por las leyes de mercado y por la política inducida desde las esferas oficiales.

Son, asimismo, manifestaciones que intervienen en la producción, distribución, circulación y consumo de *cultura* y que –más allá de sus precios o de su carácter *gratuito* por *sponsoreos*, subsidios o contribuciones voluntarias (publicidad, mecenazgo u otras)– se subordinan a una lógica capitalista impuesta sobre la cultura por las transnacionales que son dueñas de medios de comunicación e información, las que

Es necesario considerar cómo conciben los gobernantes la construcción cotidiana, para así pensar en la posibilidad de desarrollos autónomos, de confrontación, por otra sociedad y para otra cultura que favorezca el proyecto de las clases subalternas.

²Diario La Nación del 20/9/06.

³Ver www.presidencia.gov.ar, sección discursos. Intervención del 25/5/03.

⁴Diario La Nación del 19/9/06

administran el *satélite* y el circuito de comercialización mediante sus *industrias culturales* (editoriales, discográficas, productoras de cine y de televisión, etc.). Convengamos que esto genera algunas contradicciones entre lo que se pretende y lo que resulta, como así también no pocos problemas a la hora de definir cuáles son los acontecimientos o procesos que generan una *verdadera* cultura antihegemónica, reconociendo los límites de lo *verdadero* en tanto búsqueda social en la constitución de sujetos por el cambio social.

La lógica de mercado supone aplicar la Ley del Valor, según la cuál el intercambio de mercancías (bienes de uso) se realiza de acuerdo a la equivalencia (valor de cambio) existente entre bienes y servicios que expresan una misma cantidad de trabajo socialmente necesario. Este proceso esconde la Ley del Plusvalor, puesto que la fuerza de trabajo, en tanto mercancía, tiende a ser remunerada según el intercambio de equivalentes (más allá de la disputa permanente de las patronales por disminuir el ingreso de los trabajadores) y que –en lo que nos concierne– es creciente la existencia de trabajadores de la cultura que venden su fuerza de trabajo en algunos casos por limosnas (malabaristas en las esquinas y semáforos; músicos en los subtes; artistas, auxiliares, técnicos, etc). La mercantilización creciente de la sociedad profundiza y extiende la esfera de la explotación de la fuerza de trabajo hacia aquellas manifestaciones que pretenden un status alternativo dentro del capitalismo, dificultando aún más la constitución de un proyecto político que sustente *políticas culturales* contrahegemónicas.

Ya señalamos el papel de las CTN y los Estados como sujetos de la dominación. Unas y otros impusieron la actual lógica del funcionamiento de la economía y la consecuente generación de asimetrías que se expresan en la desigualdad estructural que hoy presentan países como Argentina. Esta lógica económica demanda una cultura asociada que transmita valores *amigables*, más centrados en el individualismo que en la solidaridad. Se trata de imponer a la ganancia por encima de la satisfacción de las necesidades en materia de alimentación o de información, de consumo de objetos de arte o de elevación de la capacidad de disfrute artístico.

En nuestro país, la lógica de funcionamiento del modelo económico de los '90 exigía que las inversiones externas sostuvieran, en parte, el equilibrio de la convertibilidad. Para ello, se otorgó a los inversores amplísimas condiciones que facilitaron el ingreso, circulación, operación y salida de capitales. Esa era y es la cultura de la *liberalización*.

El sustento legal de esas facilidades fueron los Tratados Bilaterales de Inversiones (TBI) que cristalizaron las condiciones pactadas con los inversores extranjeros y las proyectaron hacia el futuro (Argentina –digámoslo de paso– es el país americano que mayor número de TBI firmó desde 1992: su Congreso ratificó 54 de ellos). De este modo, la liberalización del movimiento de capitales, la apertura de la economía, la

privatización de las empresas públicas y la *extranjerización* de gran parte de la cúpula empresaria argentina –incluidas las *industrias culturales*– terminarían siendo un conjunto articulado de procesos amparados por el paraguas legal que los TBI brindaron a los inversores extranjeros.

Los '90 exacerbaron la *cultura de la apertura*, de la *extranjerización*, del consumo de cultura y bienes baratos de producción externa. Vaya como ejemplo la proliferación de una *cultura de importación* que –aun sin convertibilidad– se expresa en los *sitcom* (*situation comedy*) y –por supuesto– en el video exhibido en salas cinematográficas, en TV o a domicilio, en la producción discográfica y en otras formas de la comunicación de ideas donde sobresale el accionar de los multimedios. Estas circunstancias trascienden las formulaciones discursivas sobre objetivos de políticas culturales, educativas o científicas; ya que la lógica del mercado termina subordinándolo todo, incluso la buena voluntad de algunos funcionarios.

Las demandas de las CTN, continuamente satisfechas por el Estado, explican el poder estructural del capital externo en Argentina que no sólo se visibiliza en el entramado económico social general, sino también en la *cultura*. Asimismo, las privilegiadas relaciones con el mercado mundial se manifiestan tanto en el *arreglo* de la deuda en cesación de pagos –más allá de la quita por 27.000 millones de dólares y más acá del pago de 25.000 millones de dólares al FMI y a los organismos financieros internacionales– como en los vínculos comerciales y la política de seducción hacia unas CTN que en la Argentina potenciaron su papel de dominación durante los '90. Tanto fue así que en 2000⁵, el capital foráneo era propietario de 258 (51,6%) de las 500 empresas más grandes de Argentina y controlaba, en asociación con capitales locales, a otras 56 (11,2%); vale decir, tenía en sus manos al 62,8% de las mayores empresas. Desde ellas, participó del 79,5% de lo producido por esas 500 compañías y del 94,2% de sus utilidades. Pero en relación al tema que nos ocupa, lo

Los '90 exacerbaron la cultura de la apertura, de la extranjerización, del consumo de cultura y bienes baratos de producción externa.

⁵María Agustina Briner y Martín Schorr. *Principales características e impactos de la 'extranjerización' reciente de la economía argentina. Un análisis del desempeño de las grandes empresas transnacionales durante la década de los noventa*. Revista Realidad Económica, n° 189 del 1 de julio al 15 de agosto de 2002. Buenos Aires, Argentina.

significativo es que el capital extranjero controlaba el 92% de las comunicaciones, con el peso que ello tiene en el manejo de la agenda política a discutir y en la consolidación de la dependencia cultural.

LOS DESAFÍOS DE LA OTRA CULTURA

Tal como venimos planteando, la cultura remite a un complejo problema político, social y económico en el que participan sujetos en lucha. El resultado supone la hegemonía de unos sujetos sobre otros en el marco de una disputa permanente. Por eso, conviene recordar que la cultura es una dimensión en recurrente disputa; o, para ser más gráficos, cuadra sostener que la cultura no constituye el lugar de la calma, sino el de la tormenta. Se trata, a la vez, de una creación humana a la que la lógica hegemónica intenta subordinar y hacerla transitar por el mercado, y de una función pública sometida a este último. Pero ni el mercado ni el Estado son omnipotentes. Ambos expresan relaciones sociales contradictorias y –en cierto sentido– impredecibles. En este marco, la creatividad supone espacios aptos para la ruptura y la emergencia de nuevos valores y estéticas para otro mundo posible. Son rupturas funcionales a la lucha hegemónica y por la emancipación.

Pero, ¿puede pensarse en otra lógica al comenzar este siglo? El interrogante trasciende lo específicamente cultural y se asocia al carácter omnicomprendivo de la categoría *cultura*. La realidad de América Latina y el Caribe convoca a pensar en términos de rupturas culturales, de rupturas conceptuales, de rupturas epistemológicas que abran espacio al nuevo tiempo anticipado por la consigna *otro mundo posible*. En sí mismo, la consigna es un hallazgo y un aporte cultural que el movimiento popular instaló durante la primera reunión del Foro Social Mundial celebrada a comienzos de 2001, justo cuando el Foro Económico Mundial, cuna de la cultura de la *liberalización*, cumplía treinta años.

Tres décadas debieron pasar para que se gestara la nueva ruptura y surgiera en el horizonte la *posibilidad* de otra realidad. *Otro mundo posible* implica un propósito instalado por un sujeto que se está construyendo en una dinámica de lucha y confrontación contra el sujeto hegemónico.

El territorio de la disputa es diverso y complejo. Es la tierra, son los recursos naturales y el medio ambiente; es la producción y el conjunto del proceso económico; pero, especialmente, es la conciencia social de los individuos, como tales y como colectivos asociados en identidades locales, regionales o nacionales. Es un plano de ofensivas, de resistencias y de contraofensivas que motivarán distintas respuestas. Al razonar sobre estos temas, pensamos en la realidad de nuestra América y en el lúcido cierre de un artículo escrito antes del cambio del siglo, cuando el *discurso único* era hegemónico y se generalizaba el latiguillo *no hay alternativa*. En él, Atilio Borón decía

no se trata pues de la inexistencia de alternativas sino de la inexistencia de una voluntad política para adoptar un curso de acción que ponga fin a tanta barbarie, y de la transitoria debilidad de las fuerzas populares, de izquierda y democráticas, para imponer un camino alternativo. No sería exagerado afirmar que ante la catástrofe que nos amenaza estas condiciones se modifiquen rápidamente y permitan el renacer de la esperanza. (Borón: 1999, 2004; 207-232)

Una esperanza que recorre la primera década del siglo XXI, especialmente en América Latina, región donde las ofensivas y las resistencias mutan con relativa rapidez, pero exhiben una dinámica de búsqueda de nuevos rumbos para el desarrollo social, la lucha por la hegemonía y la emancipación social.

En ese marco, luego de la crítica a la militarización impulsada por EEUU, de los límites que encontró en Mar del Plata⁶ el proyecto imperialista en pro del ALCA y del librecomercio, y de los nuevos tiempos que corren especialmente en materia de integración, Beatriz Rajland señaló: *crece cada vez más la oposición, tanto como es la medida de su difusión y conocimiento. La verdadera integración latinoamericana y caribeña debe ser en su beneficio y no para su dominación y debe ser parte de un frente mundial contra la estrategia de expansión imperialista (...), para luego advertir que una verdadera integración diferente supone, entonces, la producción de grandes cambios políticos.* (Rajland: 2005; 133-143). En el mismo volumen se lee: *el cauce tomado por el descontento crecientemente movilizad terminó, en países como Ecuador, Argentina, Bolivia, Perú y Paraguay, en rebeliones populares que dieron por tierra con gobiernos sólo atentos a los dictados del gran capital, y protagonizaron (y protagonizan) fuertes demandas de una radical renovación de la vida democrática (...)* (Campione: 2005; 211-224). Tanto Rajland como Campione se ubican ante fenómenos nuevos que suponen

La realidad de América Latina y el Caribe convoca a pensar en términos de rupturas culturales, de rupturas conceptuales, de rupturas epistemológicas que abran espacio al nuevo tiempo anticipado por la consigna otro mundo posible.

⁶En noviembre del 2005 se realizó en Mar del Plata, Argentina, la IV Cumbre de Presidentes de las Américas, cónclave donde EEUU pretendió con algunos países recolocar el tema ALCA que no estaba incluido en la agenda de debates. Los países del MERCOSUR y Venezuela obstaculizaron el objetivo y se llegó a una formulación dividida donde algunos creían que era tiempo de reinicio de las negociaciones y otros países no. Fue considerado una derrota para la diplomacia y la política exterior del gobierno de George W. Bush. Simultáneamente funcionó la III Cumbre de los Pueblos que cerro sus actividades con un gran acto donde se manifestó el rechazo popular al ALCA.

rupturas culturales con la sumisión al orden imperante de las políticas neoliberales y su consecuencia de disciplinamiento por el terror o la manipulación del consenso social, tarea esta última a la que las industrias culturales aportaron lo propio.

Hay un nuevo tiempo en América Latina y en él ya no existe sólo el sujeto de la *liberalización* (neoliberal) que condiciona la cultura y las políticas culturales. Emerge un nuevo sujeto, con múltiples limitaciones y contradicciones, que le *cambia la cara* a nuestros países y que abre expectativas no siempre satisfechas. Es que los obstáculos son inmensos. Entre ellos, están –sin duda– las reformas estructurales que en su tiempo impulsó el Consenso de Washington y los paquetes de ajuste estructural monitoreados por el FMI y el Banco Mundial con la complicidad de las clases dominantes y las burocracias políticas, mediáticas e ideológicas locales. Pero también están presentes los límites culturales derivados de la hegemonía del gran capital. Es un tema de hegemonía de ideas y concepciones, transmitidas por años de reforma educativa y marketing desde las industrias culturales que alimentaron formatos y contenidos especiales de programas televisivos y radiales; subordinación publicitaria de los medios a las empresas auspiciantes; aliento a determinados autores, compositores y ejecutantes. Han sido años de trabajo ideológico y cultural destinado a instalar un sentido común, que –como sabemos– termina siendo el sentido de las clases dominantes.

No es un dato menor insistir en ambos límites, uno que remite a fenómenos institucionales y se materializa en normas, leyes, usos y costumbres que naturalizan conductas y visiones, y que –en definitiva– se transforman en el otro límite: la dimensión cultural de una sociedad.

Por eso decíamos al comienzo que se trataba de una batalla cultural por las conciencias y las emociones y para una práctica social transformadora. Incidir en la construcción de una nueva agenda *temática* para otra cultura requiere un enorme esfuerzo y constituye un desafío para las clases subalternas. El primer paso fue dado cuando el movimiento popular obligó a un *cambio de la retórica* dominante, incluso entre las clases en el poder. Hoy, son pocos los que disputan el consenso social con el discurso hegemónico de los '90. Buena parte de la lucha política se realiza recurriendo a la crítica al pasado reciente. Es cierto que las prácticas transformadoras están muy lejos de los *discursos críticos*, pero ellos expresan un condicionante para los gobernantes y para quienes aspiran a serlo. Es que la dinámica social resistente de los '90 y el impacto en la remoción de gobiernos constitucionales habilitó la discusión de viejos nuevos temas; entre ellos, el del socialismo, una cuestión que adquiere mayor alcance cuando proviene de un proceso político capaz de intervenir políticamente en la región. Remito a Venezuela y a su *revolución bolivariana*, cuyos dos conceptos reinstalan un objetivo de transformación para el presente asentado en el pasado (proyecto de Bolívar) y con perspectivas de transformar la realidad (revolución).

En rigor, se trata de una nueva cultura política emanada de la soberanía del pueblo en el ejercicio de la democracia directa, movilizadora, callejera, asamblearia, sin los límites que el poder establece en la representación condicionada de las democracias restringidas. La democracia participativa es un logro de las manifestaciones abiertas en la que los pueblos deciden su rumbo. Esta nueva cultura política requiere ser desarrollada como aliento a las *políticas culturales* que promueven la democracia directa, participativa, para instalar el nuevo orden alternativo que recoja la tradición emancipadora de la primera camada de luchadores por la independencia y de todos aquellos que, al margen de los resultados continuaron en el empeño y empujaron nuevas y renovadas rupturas epistemológicas; como lo hizo Mariátegui en el primer tercio del siglo XX, o Guevara en el segundo tercio o la generación que pagó con su vida, marginación y exclusión de la construcción social. Ruptura, en fin, que hoy asumen contingentes en busca de una cultura social alternativa. Es un desafío que proyecta el debate nacional al conjunto de la región, para pensar en la recuperación de una identidad cultural regional y mundial de las clases subalternas para toda la sociedad.

Incidir en la construcción de una nueva agenda temática para otra cultura constituye un desafío para las clases subalternas.

LINEAMIENTOS PARA UNA POLÍTICA CULTURAL ALTERNATIVA⁷

En primer lugar debe formularse una crítica a la política cultural que sea asumida por el conjunto de la sociedad y desde allí generar los mecanismos de participación para realizar un diagnóstico sobre las necesidades culturales. Sin duda, un punto de partida ha de ser la alfabetización del conjunto de la población, como así también el estudio de otras lenguas habladas en el país y en la región, tales como las de los pueblos originarios o el portugués; ya que la primera condición de una política cultural alternativa supone la capacidad de comunicación entre las personas y colectivos de una misma nación o región. El idioma es, pues, un mecanismo indispensable para que circule la creación cultural.

⁷Muchas de las ideas recogidas en este capítulo provienen del debate en curso en el Laboratorio de Políticas Culturales del Centro Cultural de la Cooperación

La comunicación supone un intercambio alejado de toda concepción mercantil; se trata de una interrelación de elaboraciones culturales que acerca al conjunto social a producciones validadas en la tradición y en las nuevas manifestaciones culturales. Para que esa comunicación no sea interferida, es necesario que la capacidad de producción –hoy facilitada por nuevas tecnologías– rompa el cerco del monopolio de la comercialización que imponen las cadenas del disco, del video, del libro, o de cualquier otra manifestación del arte, la literatura y la ciencia. La tradición cooperativa, mutual y no lucrativa de formas ancestrales y resignificadas de organización económica presente en múltiples emprendimientos asociativos puede dar una pista para organizar un estilo y una red de distribución de la producción cultural. Se trata de combatir el actual monopolio del comercio y de depositar en manos de los propios *acreedores de cultura* la organización de una cadena de distribución que democratice la estética, el saber y la socialización de productos culturales generados socialmente.

Esa socialización puede y debe organizarse democráticamente para superar las formas burocratizadas y enquistadas en ámbitos gubernamentales que –más allá de la buena voluntad de alguna de las administraciones o de algún funcionario– han devenido en espacios de escasa utilización popular. Nos referimos a las *comisiones nacionales, provinciales o municipales*, a los *institutos*, a los *ministerios, secretarías y subsecretarías*, a los *congresos y seminarios*, a los *concursos* y a otras instancias que desde las distintas jurisdicciones ejercen la soberanía de gobierno sobre bibliotecas y museos, sobre el cine, la música y la danza, sobre la educación, la ciencia y la investigación. Con este listado incompleto nos proponemos señalar la diversidad de asuntos que hacen a una política cultural orientada a democratizar la sociedad. Por su parte, la constitución de un sistema nacional articulado y capaz de vincularse orgánica y estrechamente con ámbitos similares en la región y en otras partes del mundo para la promoción amigable de objetivos comunes supone ir más allá de las relaciones con gobiernos y potenciar el vínculo de los trabajadores, los productores y el conjunto de las clases subalternas en la construcción de nuevas *políticas culturales* para una nueva cultura política.

Lo dicho supone asignar recursos presupuestarios acordes con las necesidades democráticamente definidas. Al respecto, puede pensarse en la experiencia cubana en materia de alfabetización y de desarrollo consecuente de políticas educativas y de ciencia y técnica que, a pesar de los límites del embargo y del bloqueo más los derivados de la escasez de recursos naturales y de su carácter insular, ha dado muestra de una eficiencia que coloca al país caribeño en la disputa global sobre el estilo civilizatorio a construir. El tema de los recursos presupuestarios es clave y no hace falta señalar su déficit en Argentina. Días pasados, el periodista Fernando Mauri me acercó una información de los diarios: *El Primer Congreso Argentino de Cultura, organizado por la Secretaría de Cultura de la Nación días pasados en Mar del Plata, subrayó que Argentina destina sólo el 0,23 de su PBI al fomento de la cultura, en tanto Brasil deriva el 0,6 y México y Uruguay, el 0,5. Todos están lejos del 1 por ciento*

recomendado por la UNESCO (...). Otras puntualizaciones cuantitativas poco saludables que dejó el Congreso son que nuestro país posee este año un 0,1 por ciento menos de presupuesto que en 2005 y que el gasto en cultura per cápita de la ciudad de Buenos Aires está en los 90 pesos anuales y en el resto del país, en 5. Para tener una idea comparativa aproximada, la ciudad de Buenos Aires triplica en fondos presupuestarios disponibles a la Secretaría de Cultura de la Nación. El artículo culminaba señalando que en el Primer Mundo, las industrias culturales contribuyen con su producción en términos de PBI con un 6 ó 7 por ciento. En Argentina, el aporte sólo está en torno al 3 ó el 4, por debajo de México o Brasil. Son datos que hablan de las asimetrías entre Argentina y otros países y –por cierto– de la que existe entre la ciudad cultural porteña y el resto del país. En igual dimensión puede considerarse la distancia existente entre el presupuesto que se destina a la hoy en crisis Universidad Pública y el que reciben otras universidades, aun las de la región. Ni hablar de las dificultades presupuestarias de museos y bibliotecas públicas en un país donde estas instituciones, junto a las casas de cultura y otras formas de agrupamiento de las clases subalternas, tienen un vínculo histórico con la cultura popular.

Toda esta información debe considerarse en el marco de las políticas de mercado que se instalaron en los últimos treinta años. No en vano, cuando se piensa en privatizaciones, surge que lo primero que se entregó al capital privado y extranjero fueron los medios de comunicación que continúan en un proceso constante de concentración y extranjerización. (Moreno: 2004, 13-28) El Estado fue promotor de esta forma de construir la sociedad. Como sostiene el laboratorio del CCC, *las transformaciones estructurales y las privatizaciones durante las décadas de los años ochenta y noventa transformaron lo poco que quedaba de un Estado Benefactor en un Estado Administrador de las políticas neoliberales. Esta condición generó nuevas condiciones de producción en el campo de la cultura: se pasó del artista acreedor al artista gestor, de un artista demandante de los presupuestos de estado a un artista autogestivo, incluso, agregamos nosotros, al artista adaptativo que subordina su producción a la demanda del mercado, oficial o privado. Sigue diciendo el Laboratorio que esto generó a la vez un doble desplazamiento: el artista también se desentendía del estado en los asuntos macro político y pasaba a*

La comunicación supone una interrelación de elaboraciones culturales que acerca al conjunto social a producciones validadas en la tradición y en las nuevas manifestaciones culturales.

conformar emprendimientos micro políticos, individuales, o de grupos independientes. La privatización generaba por un lado la despolitización y desatención de los problemas del estado y por otro una gran cantidad de centros culturales y grupos independientes autogestivos reinsertados nuevamente en los movimientos sociales, desafectados de las políticas culturales del estado. La actividad cultural reinsertada en los movimientos sociales como los centros culturales independientes, las asociaciones sin fines de lucro, los grupos artísticos comunitarios, pasan a la vez a formar una nueva clientela del estado sin vínculos institucionales. El estado contratista como estado benefactor desaparece y se dedica a subsidiar una nueva clientela. Dicho de otra forma: descarga sobre el propio núcleo social de la cultura la responsabilidad del hacer cultural y a la vez lo subsidia generando nuevos condicionamientos.

La institucionalización de *políticas culturales* específicas requiere la activa participación de sus protagonistas directos: los trabajadores y usuarios de la cultura. Nos referimos a la participación en instituciones nacionales, provinciales y locales dedicadas al teatro, la danza, el libro, el cine, la música y toda otra disciplina del arte y la literatura; pero esa participación requiere de un cambio en la legislación para poder extender a todas las instituciones las experiencias participativas que se realizan en algunos organismos de teatro y danza de la Ciudad de Buenos Aires.

La creación de esta institucionalidad para el desarrollo de una nueva *política cultural* requiere un diagnóstico renovado sobre la problemática. Por ejemplo, en la actualidad, la *función* del músico ya no es la misma que cumplía a mediados del Siglo XX. Por entonces, regía un modo de producción asalariado de la música que conducía a la sindicalización de los intérpretes. Hoy, cuando cualquier banda de barrio puede grabar su propio disco compacto a muy bajo costo, sus integrantes –aunque comercialicen el producto– están muy lejos de pensar en sindicalizarse y tienden a asumirse como autónomos o cuentapropistas.

Algo similar ocurre en los ámbitos del libro, del cine o de las artes plásticas. Por ello es necesario un nuevo diagnóstico sobre la problemática cultural y, a partir de él, hacer converger las legislaciones provinciales con la nacional, al tiempo que articular la institucionalización con participación de los actores integrados tal como venimos sosteniendo.

En este sentido, la Ciudad de Buenos Aires constituye un caso especial. Según el Laboratorio, *las Industrias Culturales no tienen gobierno. Sí lo tienen el Teatro (Proteatro) y la Danza(Prodanza) con sus respectivos Institutos, que más allá de los magros presupuestos que tienen asignados, sí permiten de alguna forma proyectar políticas municipales. No es casual que las Industrias Culturales no tengan gobierno(...)* y destaca que *ninguna campaña electoral o partido político ha propuesto a los porteños un proyecto de gobierno para las Industrias culturales pese a la importancia económica y simbólica que ellas tienen. Señala también que para 2005 la cultura representa el 6% del producto bruto geográfico de la Ciudad Autónoma de*

Buenos Aires y que *las industrias culturales tradicionales aportan el 4% del empleo, lo que implica trabajo para 90.000 personas. Si le sumamos las industrias del turismo cultural y de diseño, el sector representa el 10% del producto bruto geográfico y el 8% del empleo.*

Aunque se trata de datos relevantes para una ciudad que se asume como *capital internacional del teatro en habla hispana*, las asimetrías también existen en la Capital argentina. La contracara del crecimiento de sus industria cultural son *los barrios de La Boca, Barracas, Parque Patricios, Nueva Pompeya, Villa Soldati y Lugano –los barrios más populares de la ciudad de Buenos Aires– (donde) un 40% de los niños y más del 60% de los adultos nunca fueron al cine y se aproxima al 100% los que nunca fueron al teatro.*

En consecuencia, pensar las *políticas culturales alternativas* requiere considerar la complejidad de un fenómeno caracterizado por los intereses económicos en juego, el poder simbólico que expresan y los avances tecnológicos que –aunque facilitan y dinamizan la producción cultural– no allanan aún la difusión de aquellos contenidos que responden a los intereses populares.

LA PRÁCTICA EN EL CCC

Vale señalar que las notas previas se asocian a la actividad cotidiana que desarrolla el CCC desde su fundación en 1998. Por entonces, y a partir del diagnóstico que inspiró la frase de Gorini que inicia este texto, el movimiento nucleado en el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos se propuso promover un espacio que, a través de la investigación, formase a jóvenes intelectuales de izquierda. Como la tarea pretendía ser integral, articulamos desde el comienzo las ciencias sociales, el arte y la literatura. Anualmente, por el Centro pasan unas 10.000 personas, mientras unos 300 jóvenes participan en la producción teórica, artística y literaria de distintas disciplinas⁸.

Pensar las políticas culturales alternativas requiere considerar la complejidad de un fenómeno caracterizado por los intereses económicos en juego, el poder simbólico que expresan y los avances tecnológicos que no allanan aún la difusión de aquellos contenidos que responden a los intereses populares.

⁸El CCC se organiza en Departamentos de Política y Sociedad; Historia; Economía Política; Política y Economía Internacional; Cooperativismo; Educación; Salud; Comunicación; Literatura y Sociedad; Ideas Visuales y Artístico (teatro, infantiles, música, varieté, cine, danza, artes escénicas). Existe un Área de Investigaciones Interdisciplinarias y el espacio Juan L. Ortiz que agrupa a escritores. Una biblioteca especializada en Ciencias Sociales de acceso público con 25.000 volúmenes. Una Editorial con 90 títulos de investigaciones propias, mayoritariamente de los jóvenes investigadores.

Más allá de su impacto en la sociedad, el CCC es parte de la construcción de conocimiento y de sentido que se expresa en informes, documentos, cuadernos y libros donde se reflejan las investigaciones propias en múltiples disciplinas articuladas entre sí por ejes preestablecidos que remiten a la comprensión de la realidad para su transformación.

Es, asimismo, un lugar para la manifestación artística a través de espectáculos de creciente producción propia y con elencos constituidos en simultáneo a la gestación y desarrollo del CCC. Pero es también una experiencia de agrupamiento de intelectuales de izquierda, tributarios del pensamiento crítico y con la pretensión de refundar una concepción teórica y práctica de transformación integral de la sociedad.

La revolución es un sueño eterno sostuvo alguna vez con pluma extraordinaria Andrés Rivera, remitiéndonos a la época de la primera gesta por la emancipación de nuestro suelo y a sus protagonistas.

Desde aquellos años de las primeras luchas por la independencia hasta hoy se sucedieron muchas camadas de revolucionarios que intentaron e intentan modificar la sociedad. Es éste el actual desafío de una tarea inconclusa. Pensar en *políticas culturales* para la Argentina de comienzos del Siglo XXI y con la perspectiva cercana del bicentenario nos anima a reflexionar, al tiempo que construimos en la adversidad de un terreno abonado por la cultura del capitalismo de este momento histórico, el del neoliberalismo y la liberalización comercial; el de la impunidad de las transnacionales y la lógica mercantil; el de la amenaza imperialista recurrente y la voraz demanda de subordinación de la mayoría a los mezquinos intereses de la minoría concentrada. Claro que no sólo existe la adversidad y el adversario; también es un hecho la presencia de otro sujeto por la liberación y la articulación de las clases subalternas de todo el mundo que en el proceso de construcción alienta una cultura alternativa, para otra sociedad, de cooperación, solidaria, sin explotación.

Toda sociedad demanda políticas deliberadas; entre ellas, *políticas culturales*. Lo que está en juego es poner en práctica presente los sueños de la revolución.

Bibliografía

Borón, Atilio (1999, reedición 2004). "Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada" en Atilio A. Borón, Julio C. Gambina y Naum Minsburg (compiladores), *Tiempos Violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Campione, Daniel (2005). "Rosa Luxemburgo. Pasado y presente en la inescindible articulación entre socialismo y democracia" en Julio C. Gambina, Beatriz Rajland y Daniel Campione (compiladores), *Pensamiento y acción por el socialismo. América*

Latina en el Siglo XXI, Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP.

Ceceña, Ana Esther y Sader, Emir (2002). "Hegemonía y emancipaciones. Desafíos al pensamiento libertario" en Ana Esther Ceceña y Emir Sader (compiladores), *La Guerra Infinita. Hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Dubatti, Jorge (2006). *Teatro y producción de sentido político en la postdictadura*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Dubatti, Jorge (2005). "Teatro, anticapitalismo y resistencia antiglobalizadora" en Julio C. Gambina (compilador), *Moloch Siglo XXI. A propósito del Imperialismo y las Cumbres*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Gambina, Julio C. (2002). "Los rumbos del capitalismo, la hegemonía de Estados Unidos y las perspectivas de la clase trabajadora" en Ana Esther Ceceña y Emir Sader, *La Guerra Infinita. Hegemonía y terror mundial*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Gambina, Julio C. (2006). *Visibilidad y autoconciencia de las prácticas emancipadoras*. Mimeo. Ponencia presentada en el Encuentro "Los saberes de la dominación, los saberes de la emancipación" convocado por el Grupo de Trabajo de Clacso sobre Hegemonía y emancipaciones, en Caracas entre el 30 y 31 de enero del 2006.

García Canclini, Néstor (2005). "Definiciones en transición" en Daniel Mato (compilador), *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.

Gorini, Floreal, (2002). "Intervención de Floreal Gorini, Presidente del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y Director del Centro Cultural de la Cooperación" en *Revista del Instituto de la Cooperación* N° 143/2002, Buenos Aires, Idelcoop.

Imen, Pablo, 2005. "Los desafíos educativos. Notas críticas sobre el ALCA" en Julio C. Gambina (compilador), *Moloch Siglo XXI. A propósito del Imperialismo y las Cumbres*, Buenos

Toda sociedad demanda políticas deliberadas; entre ellas, políticas culturales. Lo que está en juego es poner en práctica presente los sueños de la revolución.

Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Moreno, Oscar (2004). "La cultura es una deuda del Estado democrático con la Sociedad en la Argentina" en *Revista Gestión Cultural* N° 1/2004.

Rajland, Beatriz (2005). "La integración en la estrategia del imperialismo" en Julio C. Gambina (compilador), *Moloch Siglo XXI. A propósito del Imperialismo y las Cumbres*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Rajland, Beatriz (2005). "Estados Unidos: militarización y libre comercio como dos formas de expansión imperialista y la relación con América Latina" en Julio C. Gambina, Beatriz Rajland y Daniel Campione (compiladores), *Pensamiento y acción por el socialismo. América Latina en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP.

Ramb, Ana María (2005). "La carta robada" en Julio C. Gambina (compilador), *Moloch Siglo XXI. A propósito del Imperialismo y las Cumbres*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Villafañe, Juano, 2005. "Libremercado, arte, industrias culturales e integración" en Julio C. Gambina (compilador), *Moloch Siglo XXI. A propósito del Imperialismo y las Cumbres*, Buenos Aires, Ediciones del CCC. Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Wortman, Ana, 2005. "El desafío de las políticas culturales en la Argentina" en Daniel Mato (compilador), *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO.